

## **Solemnidad del Corpus Christi 2024 (02-06-24)**

### **Homilía de Monseñor Carlos Castillo**

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Esta fiesta que escoge específicamente la entrega del Señor un poco antes del acontecimiento de la Cruz nos hace ver que Jesús no simplemente fue condenado y matado, sino que Él planeó que esa muerte que iba a suceder se convirtiera en un acontecimiento de esperanza. Y, para que sea un acontecimiento de esperanza, se requería, ante todo, conscientemente, entregarse como un don gratuito que perdonara a todos aquellos que le hicieron mal y a todos los seres humanos, a través de este gesto que es el centro de nuestras misas: la Consagración.

Y en este centro fundamental Jesús ya se ha adelantado. Los discípulos le dicen: “¿Dónde quieres?” ... Jesús ya ha preparado todo, les da todas las indicaciones, está todo listo. Y es que Jesús, consciente y responsablemente, asume su misión. Él es el Hijo enviado por el Padre, hecho uno de nosotros, humano, que anuncia que Dios está cerca, que su Reino está actuando en la historia humana y que la historia humana tiene salvación. Y la historia humana no es un pozo ciego en donde todo es un caos y en donde manda satanás, manda aquel que divide, el diablo, y todas sus pompas y todas sus maldades, sino que el mundo, la Creación, está en manos del Dios que la creó, que la acompaña y que la consumará en la felicidad en su Reino. Pero es difícil de entender cómo puede ser un acontecimiento tan tremendo, el de su muerte - y una

muerte tremenda - puede ayudarnos a comprender que todo tiene salvación.

Y lo único que podemos entender aquí es que Dios nos salva de verdad solo en forma gratuita, sin pedir nada a cambio, sin muchas promesas, sin muchos esfuerzos, sin muchos “cuetones”, sin muchas celebraciones. Si las celebraciones las hacemos es por agradecimiento, por cariño y agradecimiento al Dios que nos dio su amor. No hacemos celebraciones para conseguir “calmar la ira” de Dios, porque Dios no tiene ira. Lo dice el texto de Oseas: *“Porque soy Dios, y no hombre, y no vendré con ira. Soy Dios y no hombre, soy en medio de ti el santo de Israel”* (11:9). Y es difícil que nos quitemos esta mentalidad porque, en todas las religiones, los seres humanos les han temido a los dioses; y para eso han construido sistemas de vida religiosa para “calmar la ira” de los dioses. Las pobres chicas del norte, cuando Viracocha, es decir, cuando se expandía el fenómeno del Niño, eran descabezadas y tiradas a las fieras para “calmar la ira de los dioses”, en este caso, de Viracocha, que es “el agua que ruge”.

Y, por esa razón, en todas las religiones se practica los sacrificios, los holocaustos, los esfuerzos para conseguir la salvación. Esto, en cierto modo, es una compra. Los sacerdotes de Israel regresaron a esa religión pagana, se olvidaron de que Yahvé ama gratuitamente, como fue con Abraham.

Abraham no hizo ningún mérito para que Dios le dijera: *“Sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré. Sé tú una bendición ... bendeciré a quien te bendiga, maldeciré a quien te maldiga. En ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”*. Y Abraham creyó e hizo lo que Yahvé le dijo y salió. Y en los libros del Antiguo Testamento tenemos esa

presencia tan linda de un Dios que nos bendice y nos acompaña porque es nuestro Padre.

Qué Padre le va a decir: ¿haz esto, sacrícame esto, lo otro? Lo que pasa es que ustedes han leído el texto de Abraham y creen que fue Yahvé el que le pide sacrificios a Abraham, pero el libro dice bien claramente: “*Elohim*”, le pidió. “*Elohim*” significa “*los dioses*”, y él, por religioso, como todos son así, mezclados (somos católicos y, a la vez, tenemos herencias religiosas de otros pueblos, de otras tradiciones), creemos que Dios nos pide sacrificio. Dios lo que nos pide es, simple y llanamente, acoger el don gratuito y vivir según ese don.

Si ese don que yo he recibido me hace a mí gratuito, entonces, yo también voy a ayudar al Otro y sacrifico mi vida por él; pero es una cosa llevada a libre albedrío de cada persona para que poco a poco comprenda cómo ser don para los demás. Por eso, el lema que hemos elegido este año para esta fiesta es: “Bienaventurados los que sufren hambre y sed de justicia, porque serán saciados”. ¿Cómo vamos a saciar a todos los que tienen hambre y sed de justicia? Si somos creyentes en el Señor, compartiremos lo que tenemos.

Y, de hecho, hoy día, han venido generosamente a traer sus donaciones, y los jóvenes están recibiendo esos pequeños dones que cada uno ha tenido para seguir ayudando a las personas que tienen hambre en este momento en el país. De tal manera que la vida se convierte en un compartir los dones que el Señor nos ha dado y compartirnos unos hacia otros para acercar el Reino de Dios aquí en la tierra. No se trata de quién gana más méritos para sacarse el premio mayor, si no la vida sería una cosa aburridísima, sería todo el tiempo comprar con la

plata rifas para ganar el primer premio. Y, entonces, la vida cristiana se convierte en un constante juego de dinero.

Eso es lo que pasó en Israel: los sacerdotes hacían hacer sacrificios y holocaustos a la gente para que pudieran gastar el dinero en “calmar la ira” del Señor, y esa “amenaza” del Señor les obligaba a hacer el mismo rito que hacía Moisés, que fue en el Antiguo Testamento, el de la ley. “¿Ustedes juran obedecer constantemente lo que se le está diciendo?”, ¡Sí, juro!” ¿Cuántas veces escuchamos esa palabra? “¡Sí, juro!”, y después ... todo lo contrario. ¿Por qué? Porque se convierte en una especie de promesa imposible de cumplir, porque los seres humanos solo tenemos que acoger el don de Dios para aprender a amar. Y eso no se hace ni con holocaustos, ni con sacrificios, ni con promesas, ni con ceremonias, ni con fiestas. Todas las ceremonias y fiestas son para agradecer el don recibido, no para conseguir que Dios, con vara mágica, nos de sus dones. Eso es negocio, y Dios no quiere ese negocio, y por eso es que el Señor supera la antigua ley.

A sus discípulos, ¿les dice lo mismo que hizo Moisés? “Les voy a dar la Eucaristía, que es mi Cuerpo y mi Sangre, si es que se portan bien ...” No dice eso, ¿verdad? (si hasta Judas estaba también presente en esa cena). Es un don gratuito y eso es el misterio más profundo que podemos entender de un Dios que cree en nosotros a pesar de que, a veces, nosotros no creemos en Él.

La fe comienza porque Dios nos ama a todos y cree en nosotros, en sus hijos, y nos sigue llamando hijos y no nos quita el don de ser hijos para que aprendamos a ser hermanos. Por eso nos mandó a Jesús como un hermano nuestro, y nosotros, entonces, correspondemos simple y llanamente dejándonos llevar por Él, en el Espíritu Santo.

Eso es sumamente importante porque tenemos que erradicar de nuestra fe una religión de negocio, en donde todo se convierte en un intercambio económico y en donde vamos hacia la corrupción general.

Eso que está pasando en el mundo y en nuestra propia sociedad, donde la corrupción se instala, donde las personas se matan por dinero y matan a los demás por dinero, toda la cantidad de mafias que en este momento están metidas en el país, en las instituciones del Estado, que producen leyes terribles, también se mete a la Iglesia, en todo aquel que desvía de la religión el don generoso de Dios y aprovecha para sacar la plata a los demás y empobrecer a nuestro pueblo.

Por eso, como Iglesia de Lima, estamos haciendo el esfuerzo de reformarnos, de tomar conciencia de nuestros pecados, y de solucionar los problemas de corrupción que ustedes saben muy bien que existen. Y, por eso, unidos al Santo Padre Francisco, hemos estado trabajando en estos cinco años para hacer de nuestra Iglesia una Iglesia que corresponda al don gratuito de Dios, aprendiendo todos a ser generosos, gratuitos y compartir. Para eso, la Iglesia sinodal es la Iglesia que, comulgando el Cuerpo de Cristo, deja que el Cuerpo de Cristo vaya haciéndose en cada uno de nosotros otros Cristos, otros Jesús que dan su vida por los demás.

Y eso es urgente hoy día, sobre todo, porque nos enfrentamos a problemas muy graves como el hambre de nuestra Nación. Tenemos gravísimos problemas que se han descubierto, como que ha aumentado el 29% de la población en hambruna. El hambre clama al cielo, y nos pide a todos, pero, especialmente, a quienes tienen en sus manos los destinos de la Nación, a quienes tienen la

dirección del país, de no hacer leyes injustas, de no favorecer la corrupción, de no reconocer los errores propios de corrupción que se han cometido. Y tenemos todos juntos que unirnos en una conciencia nacional de todos los que integramos el pueblo del Perú, que nos llamamos nación católica, nación cristiana, en su mayoría, pero que, probablemente, en la vida concreta de nuestro pueblo sí se nota, pero no se nota en las autoridades y no se nota en las dirigencias.

¿Cómo es posible que se quiera privatizar la compañía del agua? Cuando es un deber de bien común y del Estado velar porque haya agua para todos. ¿Cómo es posible que se hagan leyes en donde se favorece a ciertas personas y se impide que las regiones puedan participar libremente en la candidatura para poder dirigir sus regiones? Y, más bien, algunos acaparan todo y hacen lo que quieren con el Estado. ¿Podemos decir que este es un pueblo cristiano? Por una parte, sí, porque la gente lo sufre; pero, por otra, no, porque quien dirige se aprovecha de la gente y la usa como los sacerdotes de Israel que, en esa época de Jesús, hacían uso de las personas para sacarles dinero a costa de muchos holocaustos y sacrificios.

Por eso, hermanos y hermanas, si queremos un país mejor, por lo menos, como Iglesia, como cristianos, vivamos intensamente el don generoso del Señor y juntos formemos la conciencia para presionar, desde la base de la sociedad, para que todo lo que es injusticia, corrupción, desastre, caos, maldad, e inclusive actitudes perniciosas como, por ejemplo, imponer que no se denuncien las corrupciones y que los que les denuncian sean, más bien, considerados los delincuentes y no quien ha delinquido. Eso es una vergüenza, y todos los peruanos tenemos que unirnos para

que la verdad, el amor y la justicia permitan que se sacien los pobres que tienen hambre y sed de justicia.

Jesús ha muerto y ha entregado estos signos de su Cuerpo y de Sangre para alimentar nuestra capacidad de amar, de servir y de construir un mundo verdaderamente justo y humano. Y, por eso, nosotros, los cristianos y la Iglesia, en primer lugar, estamos para humanizar la sociedad, no para deshumanizarla más de lo que está. Y tenemos esa tarea histórica que es mucho más que salvar nuestras almas; es salvar a este mundo que tanto amó Dios. *“Amó tanto Dios al mundo que entregó a su Hijo”*. El mundo no es nuestro enemigo. El mundo es nuestra tierra de misión en donde el Señor nos enseñó el camino del amor.

Que Dios los bendiga y que ahora que vamos a comulgar todos en esta Santa Misa, podamos, simultáneamente, dejar que el amor gratuito, responsable, sincero y desinteresado del Señor, nos pueda llenar de fuerza y de inteligencia para afrontar la diversidad de graves problemas que tenemos.

Y que Dios nos ayude porque, en ese camino, Él tuvo el sostén del Espíritu, aceptó la muerte y no se bajó de la Cruz porque no es el “dios de la venganza”, sino el Dios de la Paz.

Amén